

En torno a los orígenes del desastre de 1898

La segunda gran oportunidad: Martínez Campos

JAVIER RUBIO

Con estas reflexiones, se trata fundamentalmente de responder a estas dos medulares preguntas: 1. ¿Es que no hubo en España ningún presidente del Gobierno que no percibiera la extremada gravedad del problema cubano e intentara resolverlo con medidas adecuadas cuando aún era tiempo? y 2. ¿Por qué los distinguidos gobernantes españoles que ocuparon largos años en el poder en el último tercio del siglo XIX, actuaron con tanta desgraciada ceguera en esta crucial cuestión?

En el artículo anterior vimos que poco después de iniciada la guerra insurreccional de Yara (1868-1878), sí hubo un gobernante en España, Prim, que con auténtica visión de estadista abordó con decisión tan difícil reto, aunque no pudo

llevar a cabo su clarividente política por una serie de circunstancias que ya se expusieron⁽¹⁾.

Ahora corresponde examinar la lúcida política cubana que otro presidente del Gobierno español, Martínez Campos, se propuso llevar a cabo en 1879, al año siguiente de terminar la guerra de Yara. Ni la personalidad, ni el enfoque del problema antillano son análogos en ambos gobernantes. Tampoco lo era la coyuntura histórica: después de Zanjón no tenía sentido propiciar una rápida independencia de la isla, como lo había hecho Prim al principio de la guerra de Yara. Pero la política que Martínez Campos desarrolló, o mejor dicho intentó desarrollar, sí constituyó históricamente otra gran oportunidad para evitar el progresivo

**«¿Es que no hubo en España
ningún presidente
del Gobierno que no
percibiera la extremada
gravedad del problema
cubano e intentara
resolverlo con medidas
adecuadas cuando aún era
tiempo?.»**



⁽¹⁾Véase *Cuenta y Razón* nº92 (1995).

enconamiento del problema cubano que llevó a la nueva insurrección de 1895 y, finalmente, al traumático 1898.

De esta, también muy poco conocida, página de nuestra historia, voy a ocuparme ahora.

Algo más que un afortunado general

Así como a Prim los historiadores le reconocen, con mayor o menor reticencia, una dimensión de hombre de gobierno además de la de hombre de armas, a Martínez Campos casi sin excepción se le contempla unidimensionalmente, como militar. Como un militar que había tenido la fortuna de que el poco menos que disparatado pronunciamiento de Sagunto triunfase, y de llevar a cabo unas campañas militares más o menos brillantes en la península y en Cuba. En cuanto a su paso por la presidencia del Gobierno en 1879, se suele considerar como una breve página de carácter secundario en la historia política de la Restauración.

Es cierto que Martínez Campos era, ante todo, un militar y también lo es que fue, entre los de tal profesión que llegaron a la presidencia del Consejo de Ministros en el siglo **XIX**, un caso bastante excepcional por su falta de vocación política. Ahora bien, ni como militar fue simplemente un destacado general más de su época, ni como presidente del Gobierno desempeñó un mandato de importancia secundaria en el último cuarto del siglo **XIX**.

Arsenio Martínez Campos era un competente militar profesional, de academia, que se había

distinguido en Cuba en los primeros años de la guerra de Yara, y en la península en los agitados años 1873 y 1874. Sin embargo su carrera y su prestigio militares no son excepcionales hasta que se produce la Restauración y asciende a teniente general. Sólo entonces, con cargos de general en jefe que le permiten desarrollar sus grandes dotes de mando, su notable talento de estrategia y su especial sensibilidad ante los factores psicológicos que originan o enconan las confrontaciones bélicas, su estrella militar empieza a adquirir singular brillo.

El último año de la guerra carlista fue la primera gran ocasión. Cuando en febrero de 1876 termina definitivamente y se hace, no sólo en España, el balance de las operaciones militares que han llevado a la victoria al ejército alfonsino, hay un amplio consenso en que la estrategia más imaginativa de la campaña, y finalmente la más eficaz, la ha llevado Martínez Campos.

Unos meses después de terminar la contienda carlista se le confía el máximo mando

militar en Cuba. La guerra es allí muy distinta, tanto en su motivación como en la naturaleza de las operaciones militares, por no hablar de la propia geografía. Durante ocho años los cubanos han tenido en jaque a media docena de distinguidos capitanes generales en una insurrección que, con altibajos, tiende a estabilizarse y aun a extenderse. Martínez Campos, sin embargo, logra cambiar radicalmente el escenario. Con una activa e inteligente política, que no sólo se refiere a operaciones militares, llega en poco más de un año al acuerdo de Zanjón.

«Así como a Prim los historiadores le reconocen, con mayor o menor reticencia, una dimensión de hombre de gobierno además de la de hombre de armas, a Martínez Campos casi sin excepción se le contempla unidimensionalmente, como militar.»



De este modo, al poner término a la llamada Guerra de los Diez Años, el general Martínez Campos ha llegado al cénit de su prestigio militar que era, a su vez, el más alto alcanzado en ninguna de las fulgurantes carreras militares que produjo nuestro siglo XIX. Como poco después de *Zanjón* decía el reflexivo y respetado *The Times*, ni siquiera Espartero se había distinguido por dos hazañas militares de tal magnitud como las realizadas por Martínez Campos.

Con una aureola militar de esta intensidad era inevitable que Martínez Campos adquiriera en la España de la época una relevante dimensión política. Basta hojear la prensa para comprobarlo. Aunque, en realidad, el capital político que le habían proporcionado sus triunfos en la guerra carlista y en la cubana no hizo sino potenciar el que ya había adquirido con el pronunciamiento de Sagunto. Una decisión esta última que, aunque suele "olvidarse" en la historiografía, demostró a toda España que quien tenía la evaluación más acertada de la situación política a fines de 1874, era un modesto mariscal de campo llamado Martínez Campos, y no el varias veces ex-ministro y ex-diputado que dirigía la causa alfonsina, es decir Cánovas.

Zanjón, un aprovechable punto de partida estabilizador

Las bases convenidas en febrero de 1878 entre Martínez Campos y los dirigentes de los insurrectos cubanos para poner fin a la contienda no eran, seguramente, las mejores para obtener una pacificación definitiva en la Gran Antilla. Presiones y apremios de distinta naturaleza obligaron a un acuerdo un tanto precipitado.

«Martínez Campos, sin embargo, logra cambiar radicalmente el escenario. Con una activa e inteligente política, que no sólo se refiere a operaciones militares, llega en poco más de un año al acuerdo de Zanjón.»

Ahora bien, si lo convenido en Zanjón no fue un completo acierto, sí era un punto de partida válido para fundamentar una política verdaderamente estabilizadora en las relaciones de la metrópoli con Cuba. Zanjón no solo había puesto fin a una guerra interminable, sino que lo había hecho atenuando considerablemente los complejos que en vencedores y en vencidos suele despertar toda capitulación. Pronto se constató que en la mayoría de los cubanos de ambas partes dominaba un sentimiento de "olvido de lo pasado", que brindaba una auténtica oportunidad para una coexistencia pacífica en el futuro.

Además, por primera vez desde que un cuarto de siglo antes habían empezado los primeros movimientos insurreccionales, la gran mayoría de los cubanos que aspiraban a una clara autonomía, o incluso a la independencia, tenían confianza en un capitán general español. Para los capitulados de Zanjón, Martínez Campos era un general en el que se podía confiar, pues cumplía su palabra y respetaba al adversario, cuyos fundados agravios hacia el gobierno de la metrópoli comprendía en buena parte.

De hecho, desde que en junio de 1878 tomó posesión del Gobierno general de la Habana, hasta que a principios de 1879 fue a Madrid, Martínez Campos supo mantener una flexible y equilibrada política de libertades que permitió la rápida configuración de los principales partidos que encauzaron la mayor parte de las minorías dirigentes de los antiguos adversarios.

Por otra parte Martínez Campos era perfectamente consciente de que para obtener una auténtica

pacificación en la isla era preciso ir más allá —y con ello mostraba una visión de estadista que no tuvo Cánovas en esta cuestión— de lo que se había concedido en Zanjón. Y con esta óptica dio a la economía de la isla la máxima prioridad, ya que con las graves devastaciones que había producido la larga guerra en la riqueza agrícola, y con la elevadísima presión fiscal que soportaba, la situación económica de Cuba era entonces angustiosa.

Martínez Campos como nuevo Gobernador general de Cuba toma con tal fin algunas medidas, las que están a su alcance. Pero las decisiones de política económica congruentes con la importancia del problema sólo pueden tomarse en Madrid. Y en Madrid el Gobierno no está de acuerdo. Martínez Campos insiste. Inútilmente. Cánovas no cede aunque, eso sí, le conmina a venir a España.

1879. El año del gobierno de Martínez Campos

A principios de marzo de 1879 Martínez Campos es nombrado presidente del Consejo de Ministros por Alfonso XII. Nunca se ha ofrecido, o más exactamente se ha obligado a degustar, un caramelo político más envenenado que este nombramiento. Pronto empezará a darse cuenta de ello el general de Zanjón.

Como Martínez Campos no es un líder político, aunque su personalidad hubiera adquirido una dimensión de tal carácter, se ve obligado a formar su gabinete con buena parte de los personajes que le indica Cánovas. Primera y grave limitación. En el siguiente mes de abril se celebran las elecciones generales.

«Para los capitulados de Zanjón, Martínez Campos era un general en el que se podía confiar, pues cumplía su palabra y respetaba al adversario, cuyos fundados agravios hacia el gobierno de la metrópoli comprendía en buena parte.»



Naturalmente el partido liberal-conservador, que teóricamente respalda al nuevo presidente del Gobierno, gana las elecciones; pero los candidatos del general salen derrotados, mientras los de Cánovas, y singularmente los de Romero Robledo, especial adversario de la política cubana del nuevo presidente del Gobierno, resultan triunfantes. Es la segunda, y decisiva, limitación que ha de encajar.

Martínez Campos es presidente del Consejo de Ministros pero ya sabe que no tiene verdaderamente el poder, lo tendrá "como un fideicomiso" dirá él mismo poco después de cesar. No por ello desiste de su política cubana. Con energía y tesón en los puntos fundamentales de su política económica, pero también con una apreciable dosis de flexibilidad. Aún más, con responsabilidad de auténtico estadista, consciente de la precariedad de su apoyo parlamentario, proyectaba someter su política cubana a una votación en la que pensaba solicitar a todos los diputados que, dada la trascendencia de la cuestión, tuvieran el valor de votar al margen de dependencias partidistas. Habría sido una votación histórica.

De nada le sirve al general de Zanjón su prestigio, su energía, su disposición a una decorosa transacción, su proyecto de salir derrotado en una histórica sesión parlamentaria. Quienes en realidad detentaban el poder no se lo permitieron. A primeros de diciembre de 1879 Orovio y el conde de Toreno, dos de los ministros cuya última lealtad era para Cánovas, se desolidarizan de la política cubana de Martínez Campos. El presidente del Gobierno podía tratar de recomponer el gabinete con dos nuevos nombramientos, pero la actitud de Francisco

Silvela, otro hombre de Cánovas y pieza fundamental para la disciplina de voto de los diputados del partido del gobierno, le muestra a Martínez Campos que no tiene otra salida que la dimisión.

Era el 7 de diciembre de 1879.

Sí hubo una nueva oportunidad

El eje de la política de Martínez Campos es responder a los principales agravios que tenían los cubanos contra la metrópoli. Y además hacerlo —otra importante diferencia con Cánovas— de acuerdo con los representantes antillanos en las Cortes. Unos representantes, conviene recordar pues es poco conocido, que eran elegidos mucho más independientemente que en la península, y que mostraron todos ellos —51 entre senadores y diputados de Cuba y Puerto Rico— su solidaridad con Martínez Campos cuando éste fue obligado a dimitir.

Con este enfoque en la configuración de su política antillana el general de Zanjón trata de poner a Cuba en condiciones de iniciar un razonable desarrollo de su gran riqueza resolviendo, al mismo tiempo, el ya inaplazable problema de la esclavitud. Ambas cosas de modo conjunto, dadas las importantes e inescusables repercusiones económicas de la abolición de la esclavitud.

Este paquete legislativo, que es el que le cuesta la presidencia del gobierno, no era en todo caso sino la primera fase de su política cubana, pues había naturalmente más problemas y agravios que debían abordarse. Incluso en el orden económico. La Habana, por ejemplo, era la segunda ciudad más cara de toda América, después de Nueva York, a consecuencia, sobre todo, de los desorbitados

derechos arancelarios que dificultaban el importantísimo comercio —seis veces superior en valor al de la metrópoli— de Cuba con su gran vecino norteamericano. Era preciso negociar un tratado comercial con los Estados Unidos, lo que no desconocía Martínez Campos que lo había incluido para un segundo momento.

Ni que decirse tiene que las cuestiones económicas y sociales no eran sino una parte, si bien entonces la más apremiante, del magno problema cubano. Quedaba la cuestión política de fondo, la de los lazos que habría de conservar Cuba con la metrópoli; una cuestión que, después de la Guerra de los Diez Años, no podía abordarse con realismo sino con la concesión de un considerable grado de autonomía que preparase gradualmente a la isla para su pacífica emancipación. Martínez Campos —otra importante diferencia con Cánovas— no lo ignoraba. En los meses que fue Gobernador general en la Habana permitió que se debatiera en la prensa cubana la solución autonomista. Y siendo presidente del Gobierno recordó su proyecto de revisar las fundamentales leyes de régimen municipal y provincial de Cuba y Puerto Rico, teniendo en cuenta los puntos de vista de los representantes antillanos.

Martínez Campos representó, sí, una nueva oportunidad, en realidad la última, para evitar cuando aún era tiempo el traumático final del problema cubano. ¿Habría que decir que, también en esta ocasión, no ha sido español el historiador que lo ha desvelado y valorado? Ahora es un norteamericano: Earl R. Beck. En el fracaso de esta histórica oportunidad concurren diversos factores.

«A principios de marzo de 1879 Martínez Campos es nombrado presidente del Consejo de Ministros por Alfonso XII. Nunca se ha ofrecido, o más exactamente se ha obligado a degustar, un caramelo político más envenenado que este nombramiento.»



La minoría de independentistas cubanos radicales que, desoyendo los consejos de sus correligionarios más sensatos, se lanzaron en 1879 a la llamada Guerra Chiquita, una empresa condenada al fracaso, deben recibir su parte alícuota de responsabilidad, ya que ese levantamiento armado supuso en la península un poderoso argumento para los que defenestraron a Martínez Campos.

De todos modos la principal responsabilidad recae en la clase dirigente española de la época. Y, muy singularmente, en Cánovas del Castillo que desmontó

implacablemente de la presidencia del Gobierno a Martínez Campos por una serie de razones que, en buena parte, se encuadran en el progresivo enfrentamiento personal que desde cinco años antes se había iniciado en Sagunto.

Pero no me detengo ahora en la responsabilidad, en la grave responsabilidad de Cánovas en el problema de Cuba, ya que en el próximo artículo expondré los rasgos esenciales de su equivocada política antillana, así como las probables causas de su increíble ceguera ante tan fundamental reto histórico.

⁽¹⁾Véase *Cuenta y Razón* n°92 (1995).